

Congreso Mujer y realidad del aborto
Cáceres, 8 de marzo de 2007

***Consideraciones filosóficas sobre el Aborto. El valor de la vida
Resumen-Guión¹***

Agustín DOMINGO MORATALLA
Profesor Titular de Filosofía del Derecho, Moral y Política
Universidad de Valencia

Introducción

La situación en el debate público sobre el aborto viene marcada por tres líneas de reflexión:

- A.- Lo que el filósofo Richard Rorty ha llamado “la prioridad de la democracia sobre la filosofía”.
- B.- La construcción de una ética social sin ningún tipo de referencia al problema de la fundamentación filosófica o metafísica.
- C.- La denuncia del emotivismo moral que realiza MacIntyre en *Tras la virtud* cuando dice que en las sociedades modernas hay una tendencia a establecer el valor de los argumentos en función de las emociones que suscitan, no en función de la verdad de la que sean portadores.

Mi reflexión parte de este contexto y quiere recuperar la pregunta por el valor de la persona, no como un “objeto” de reflexión sino como un “sujeto”. El tema del aborto pone sobre la mesa la pregunta por el valor de la vida, pero no la vida de algo sino la vida de “alguien”, de una persona portadora de valor.

I.- La desmitificación de la neutralidad

¹ El presente resumen-guión recoge alguna de las ideas básicas expuestas en la conferencia impartida en Cáceres el 8 de Marzo de 2007, con ocasión del Congreso Mujer y realidad del aborto.

La primera tarea de la reflexión filosófica es desmitificar la neutralidad de la ciencia y la técnica. En los medios de comunicación y la opinión pública en general se presenta como plausible la idea de que tanto los juicios científicos y técnicos como sus portadores son moralmente neutros. Esta aparente neutralidad los hace aparentemente asépticos y les dota de una apariencia de imparcialidad. Para desvelar este engaño podemos hacer tres consideraciones:

A.- Presentar el conocimiento científico y técnico como un conocimiento condicionado socialmente, vinculado a los intereses del conocimiento y a un determinado modelo de sociedad. Hay formas de presentar la ciencia y la técnica como conocimiento “moderno” y la única, verdadera y última fuente del progreso o la felicidad.

B.- Detallar que hay pluralidad de opiniones en la interpretación de la modernidad y sus relaciones con el modelo de sociedad. No hay una única teoría social ni una única teoría de la sociedad que explique lo que actualmente nos pasa. Hay, al menos, tres posiciones.

a.- La mayoría silenciosa. Acepta y se resigna a los juicios que los medios de comunicación le presentan. Es una mayoría poco reflexiva, con poca memoria y en la que es difícil encontrarse tradiciones de pensamiento. Muchos de nosotros, sin pretenderlo, asumimos estos dogmas de lo políticamente correcto en la mayoría de los temas. Nos falta capacidad de reflexión, deliberación y análisis sobre lo que la opinión publicada nos presenta.

b.- La minoría positivista, ilustrada y moderna que confía ciegamente en el poder de la ciencia y la técnica. Convencidos de que el saber es poder y de que el único criterio de medida moral es la utilidad, la satisfacción y el bienestar. Si no de todos, al menos de la mayoría.

c.- La minoría humanista, personalista y crítico-reflexiva. En lugar de manifestar una confianza ciega en la ciencia y sus posibilidades manifiestan una confianza reflexiva, mediada y condicionada al valor del ser humano. También puede ser una minoría ilustrada y moderna pero mantenerse crítica al positivismo científico.

C.- Desvelar la identificación de la vida personal con la vida corporal, la identificación del yo con el cuerpo. El individualismo contemporáneo ha deificado el cuerpo y es incapaz de diferenciar entre cuerpo objeto y cuerpo vivido, entre personidad y

personalidad. Esto nos llevaría a plantearnos graves problemas antropológicos porque la cultura actual tiende a plantear el cuerpo en términos materialistas y monistas, reduciendo la dimensión anímica, espiritual y mental a su dimensión física, química y mental. Como si la última respuesta a las cuestiones antropológicas tuviera que venir de las neurociencias el cognitivismo mentalista. Esto no significa la ciega defensa de un espiritualismo, un animismo o un dualismo, significa la denuncia de los planteamientos reduccionistas que simplifican la complejidad de la persona humana.

II.- Por una ética de la responsabilidad ante la vida

A.- Desde principios del siglo XX, la racionalidad humana se ha definido, determinado y estructurado desde la vida. La vida es el tema de nuestro tiempo. Recordemos el vitalismo como movimiento filosófico, traigamos a la memoria el concepto de “razón vital” con el que Ortega decía que había que repensar nuestro tiempo. El naufragio de la reflexión y el encuentro con el sentido de nuestra existencia está relacionado con una “filosofía de la vida”. Ahora bien, ya no se trata de una vida meramente “histórica” o “biológica”, relacionada con el historicismo o el biologicismo, en sus diferentes versiones espiritualistas o materialistas. Ahora se trata de articular lo biológico y lo biográfico. El ser humano y la vida humana son propias del único animal biográfico.

B.- A mediados del siglo XX, la memoria de los desastres de la primera y segunda guerra mundial genera una alarma importante en los investigadores. Aparece la necesidad de calcular bien las consecuencias de lo que se hace con la vida, surge no sólo el temor o el miedo ante las consecuencias de la ciencia sino el pánico ante la utilidad que podemos dar a los conocimientos. Cunde la alarma y entre los investigadores aparece un nuevo principio moral: el principio de responsabilidad. Hay que tener mucho cuidado de lo que se hace con la vida.

Esto lleva a la fenomenología y la hermenéutica a diferencias entre el mundo de la ciencia y el mundo de la vida. Para denunciar que el mundo-de-la-ciencia no es autónomo e independiente del mundo-de-la-vida, se empiezan a construir las éticas de la responsabilidad. Unas éticas que alertan ante la posibilidad que tiene el hombre de “jugar a ser Dios”, que alertan del “poder” que se ha puesto en manos de los científicos,

los técnicos y los políticos cuando. Esta distinción hará posible nuevas lecturas de la historia de la modernidad, del pensamiento y de la civilización en general, insistiendo en los límites de la ciencia y la técnica. La hermenéutica filosófica (Hans Georg Gadamer) exigirá una rehabilitación de la razón práctica, para que los científicos, los técnicos y los investigadores realicen sus trabajos con el “imperativo” o “principio de responsabilidad” (Hans Jonas).

C.- Esto cambia el planteamiento de la ética o filosofía moral. A partir de ahora, la reflexión filosófica y moral se plantea como un ejercicio de responsabilidad, como un “hacerse cargo” de la vida, un “cargar con” ella y como un “encargarse” de ella. La vida personal se presenta como misión, tarea, desafío y responsabilidad. Se trata de una responsabilidad con varias dimensiones:

- a.- global, responsabilidad ecológica por el conjunto del planeta
- b.- local, responsabilidad personal por el cuidado
- c.- histórica:
 - responsabilidad retrospectiva, por el pasado heredado, por la civilización heredada, por la cultura, el patrimonio genético o histórico, etc.
 - responsabilidad prospectiva, por el futuro que se planifica y construye. Ello exige anticipar las consecuencias del hacer, prever para prevenir, y prevenir para evitar consecuencias no-deseadas.
 - responsabilidad respectiva, por el propio presente y la calidad de las relaciones con los más inmediatos y allegados.

Con ello llegamos a un final del siglo XX donde la responsabilidad se convierte en la referencia central de la ética. Y ya no opuesta o enfrentada a las “convicciones”, como, en parte, lo planteó Max Weber en 1919 al decir que los portadores de una ética de la convicción son ciegos a las consecuencias. De esta forma, el principio de responsabilidad se convierte en una central “convicción”. Ya no se trata sólo de adiestrarse en el cálculo de las consecuencias y anticipar el curso de cualquier acción, se trata de plantear la necesidad de un criterio de cálculo, un principio que oriente el cálculo y, en definitiva, cierto nivel último de moralidad que establezca un límite al actuar humano.

Esta centralidad de la responsabilidad ha supuesto una doble transformación en la ética contemporánea. Primero una transformación del principio de responsabilidad en principio de precaución, un principio según el cual cuando hay dudas fundadas de que hay efectos no deseados en una acción, entonces es mejor no realizar tal acción. Segundo en una transformación racional y dialógica del principio de responsabilidad que ahora se plantea como un “principio de co-responsabilidad”. El cálculo, la evaluación y la deliberación tienen una dimensión personal, pero no son actividades estrictamente íntimas. Tienen una dimensión intersubjetiva, interpersonal y dialógica. La responsabilidad se plantea así como un principio co-relacional que nos permite hablar de co-responsabilidad moral.

Además, la responsabilidad de la que ahora hablamos ya no es la responsabilidad por una acción que realizamos, o una carga que asumimos ante alguien. Es una responsabilidad más estructural *por alguien*. Incluso hay filósofos que la plantean como una responsabilidad ante la que no cabe elección, que es anterior a la deliberación y elección de la racionalidad moderna y liberal. Algunos filósofos como Levinas la plantean como anterior a la libertad, y en este sentido no es consecutiva al ejercicio de la racionalidad humana donde los sujetos elijen. En este caso se trata de una responsabilidad constitutiva de la propia racionalidad. Por ejemplo, yo no hago un ejercicio de reflexión y cálculo para responsable del cuidado de mis hijas. Hay una responsabilidad y un hacerme cargo que es anterior y constitutivo de mi identidad como padre. No se trata de ser responsable porque uno antes es padre, se trata de decir que en la identidad del padre la responsabilidad es constitutiva.

Hasta ahora, las obligaciones y responsabilidades parecían sólo el resultado de acciones y elecciones de los sujetos, como si las personas fueran anteriores a sus responsabilidades. A partir de ahora, hay vínculos y hay relaciones humanas que son constitutivos de obligaciones. Por eso, desde una ética zubiriana podemos decir que la obligación propiamente humana se funda en la religación; la fuente de las obligaciones son las religaciones. La religación es constitutiva de la obligación.

III.- Elogio de la inteligencia y el capital maternal

a.- Un alto prudencial en el camino de la investigación

Si aplicamos estas reflexiones sobre la responsabilidad al tema de la despenalización del aborto nos damos cuenta de que además de trabajar con el principio de responsabilidad (calcular las consecuencias previsibles de una acción) deberíamos trabajar con el principio de precaución (en caso de duda sobre efectos nocivos no realizar determinada acción). De esta forma seríamos conscientes de que en el ámbito de las ciencias de la vida hace falta hacer un alto en el camino. Un alto exigido por los nuevos problemas que nos plantean las ciencias de la vida y sobre los que aún no conocemos las consecuencias. Por ejemplo:

- los problemas relativos a las tecnologías contraceptivas y el control de la fertilización
- las técnicas reproductivas y el control de la reproducción
- las técnicas de manipulación genética y el control de la herencia
- las técnicas de diagnóstico prenatal y el control de la patología perinatal y neonatal.

En todas estas técnicas, la vida humana aparece como disponible, como “a la mano”, como si el valor dependiera de quien la usara. Con independencia de que en otro momento se haga un estudio detallado de toda la semántica que se utiliza para referirse al proceso de la vida que se manifiesta en estas técnicas, la vida humana aparece con un valor extrínseco, dependiendo del uso que hagan los investigadores. Ha perdido su valor intrínseco, como si los investigadores la considerasen como un material disponible y manipulables. Esto no significa que los científicos e investigadores tengan que aceptar resignadamente unos procesos vitales a los que se someten. Significa que corremos el peligro de que se pierda la necesaria relación de respeto que sería exigible a este tipo de investigaciones.

El alto en el camino no sólo viene exigido por una lógica de la cualidad por la que descubrimos y conocemos la dignidad de la vida humana. Viene exigido por una lógica de la relación por la que reconocemos una dignidad anterior y previa a nuestra investigación. Una lógica de la relación que exige una ética del reconocimiento donde establecemos los límites de nuestro poder, de nuestra relación, de nuestras capacidades. Unos límites que no tienen que plantearse como restricciones o penalizaciones a la

curiosidad o la imaginación de la investigación. Unos límites exigidos por el respeto a las cualidades de los objetos que se investigan porque no son cualesquiera tipo de objetos, se investiga sobre procesos vitales que determinan la constitución de los sujetos humanos. No hablamos sólo de objetos o sujetos, estamos moviéndonos en el ámbito de la personalización, de la génesis, constitución, desarrollo y estructuración de la vida personal.

b.- De una inteligencia lógica a una inteligencia maternal

La valoración de la vida humana también está condicionada por el modelo de racionalidad con el que se trabaja en la investigación. Hoy es habitual hablar de teoría de las inteligencias múltiples, porque además de una inteligencia lógica hoy hablamos de inteligencia social o emocional. Incluso hay quienes hablan de inteligencias espirituales. En este contexto, es importante recuperar el concepto de inteligencia maternal propuesto por Sara Ruddick quien en 1980 se empeñó en demostrar las virtudes de la maternidad para el ejercicio de la inteligencia, estaba harta de las teorías feministas que consideraban que la maternidad arruina la vida y contribuye a la opresión social. A su juicio, el concepto de inteligencia maternal tiene como finalidad enfrentarse a quienes consideran que la maternidad arruina la vida.

Para continuar estos planteamientos, Katherine Ellison ha escrito recientemente un libro titulado *Inteligencia maternal. Cómo la maternidad nos hace más inteligentes*. En la introducción afirma: “mis hijos, a pesar de que físicamente me agotaban, mentalmente me aportaban mucha energía; como no entendía a qué se debía este hecho, opté por investigarlo...la maternidad aviva la mente...Cambia la vida porque presenta desafíos físicos, mentales, mecánicos: tienes que responder a una infinidad de desastres a un tiempo. Y como todo reviste gran importancia, es lógico que sea una época de aprendizaje y de cambios mentales. Pocas cosas harán más por tu cerebro que el tener un hijo. La maternidad es un estado demasiado complejo y variable como para que nadie afirme que las madres son, por sistema, más inteligentes que las mujeres que no han dado nunca a luz...todo lo que he descubierto en mi investigación me lleva a concluir que, en el camino hacia volvernó más inteligentes (un camino que dura toda la vida), tener un hijo es más una ventaja que un inconveniente.” (p. 23)

Estas reflexiones son interesantes para descubrir que en la cultura contemporánea y en las investigaciones actuales también signos relevantes de esperanza con los que empezar a promover una ética de la responsabilidad y la precaución. Es una tarea difícil porque hay algo aparentemente paradójico y contradictorio en la defensa de la dependencia, del cuidado y de la heteronomía moral, en una cultura que promueve la independencia, el ensimismamiento y la autonomía entendida como libertad arbitraria.

El concepto de inteligencia maternal puede ser útil para empezar a reconstruir las teorías del capital social en términos de capital maternal. Sin que esto signifique defensa de matriarcado alguno, el horizonte del concepto de capital maternal puede ser interesante para renovar la investigación científica, tanto en el terreno de las ciencias experimentales como en el terreno de las ciencias sociales. El capital maternal sería una variante del capital social con el que podríamos recuperar el protagonismo del corazón en la construcción de una ética de la responsabilidad. El corazón como facultad de conocimiento de los valores y como constitutivo de una inteligencia que no puede plantearse en términos lógicos o cerebrales. La inteligencia humana tiene que plantearse en términos integrales porque el ser humano además de cabeza es corazón, además de reflexión es donación, además de argumentación es testimonio, además de independiente es dependiente, etc.

Estas consideraciones son importantes para encuadrar la reflexión ética sobre el valor de la vida. La vida requiere una reflexión biológica pero también una reflexión biográfica. No somos únicamente animales biológicos, somos animales biográficos y en las consideraciones filosóficas sobre el aborto este dato no puede ser marginal.

Por eso, cuando hablamos del valor de la vida hay algunas ideas que querríamos destacar como síntesis de nuestra conferencia:

- La ruptura con los procesos de deliberación pública basados en la hipocresía, reivindicando la coherencia moral entre los principios morales que se defienden y los criterios que deben marcar la investigación.
- La contextualización de la investigación científica y técnica, desvelando los presupuestos antropológicos, sociales, económicos e históricos que están marcando el debate sobre el valor de la vida. En este sentido, el personalismo

comunitario recoge ideas centrales de las tradiciones humanistas y aprovecha la rehabilitación de la razón práctica que realiza la hermenéutica filosófica.

- La articulación del principio de responsabilidad y del principio de precaución, lo que nos lleva a plantear la urgencia de la co-responsabilidad.
- La construcción de un horizonte de investigación orientado por la inteligencia maternal y la posibilidad de interpretar la calidad de vida en términos de capital maternal.

Todo lo dicho hasta ahora nos debería llevar a reflexionar sobre un nuevo principio de racionalidad con el que leer lo que nos sucede. Hasta ahora, y como herederos de la modernidad nos habíamos conformado con el principio cartesiano “Pienso, luego existo”, con él dábamos prioridad a las funciones racionales y lógicas de nuestra inteligencia y hemos visto cómo se ha construido una cultura excesivamente individualista. A partir de ahora, y después de comprobar los límites del individualismo moderno, deberíamos buscar un nuevo principio que desarrolle y aplique lo que aquí hemos planteado como responsabilidad e inteligencia maternal. Un principio que podría formularse de una forma sencilla con la que ha construido Carlos Díaz sus fundamentos del personalismo comunitario: “Soy amado, luego existo”.